

# LA DIFÍCIL RUPTURA

Saúl Jerónimo Romero\*

## Presentación

Al consumarse la Independencia de México hubo una gran efervescencia y descontrol político, los interesados en la política formaban bandos hacia un lado y hacia otro, hoy se unían con un grupo, mañana con otro y sin embargo, la velocidad de los acontecimientos hacía efímeras y contradictorias sus alianzas políticas.

Desde la firma del Tratado de Córdoba y hasta la instauración de la Primera República provocó una enorme división entre los actores políticos, pues no quedaba claro para nadie que tipo de gobierno debería de implantarse en el país, los bandos más definidos eran los monarquistas y los republicanos, y entre ellos había diferencias importantes: en el primero, estaban los que pensaban que el mejor gobierno era el que se apegara al Tratado de Córdoba y su secuela el Plan de Iguala; procurar la llegada de Fernando VII o de algún miembro de la casa Borbón. Estaban los que pensaban que mejor sería formar una nueva casa reinante americana. Entre ellos, también existía la duda si debería formarse una monarquía constitucional o absoluta. En el segundo grupo, estaban los que creían que un gobierno republicano era la solución; que debía fundarse una nueva tradición política, basada en el modelo norteamericano pero unos opinaban que debería ser federal y otros centralista. Toda esta discusión política tenía un fuerte trasfondo de intereses eco-

nómicos de grupo y personales que volvía todo más complicado.

Los grandes temas de esta discusión eran: legitimidad política, formas de gobierno, formación de instituciones y representatividad política; es decir la constitución del Estado mexicano, en este contexto se inscribe el *Obsequio católico que presenta a su majestad imperial un americano independiente*, fechado en 8 de julio de 1822, a tan sólo trece días de que Iturbide fuera coronado Emperador. Es decir, en el momento mismo en que debía de decidirse la orientación del nuevo gobierno, por lo que era el tiempo adecuado para hacerle todo tipo de sugerencias al Agustín I, primer Emperador de México.

El manuscrito que aquí se reproduce fue enviado a Iturbide desde el Presidio de Buenavista en Sonora, firmado bajo el seudónimo de El Americano Independiente, es muy probable que autor haya sido el obispo de Sonora, "Bernardo del Espíritu Santo, fraile carmelita, quien en 1824 escribió que la soberanía de la nación no residía en el pueblo sino en Dios."<sup>1</sup> Ideas que coinciden en mucho por lo expresado en este *Obsequio Católico*. Este documento reviste gran interés porque la mayor parte de la historiografía política sobre el siglo XIX ha analizado fundamentalmente a los primeros actores y en particular, a los que residían en las

<sup>1</sup> Torcuato S. di Tella. *Política nacional y popular en México, 1820-1847*, México, FCE, 1994, p. 65

ciudades de México, Guadalajara, Zacatecas y Puebla, que fueron los principales protagonistas de muchas de las disputas del momento. Sin embargo, muchas otras voces intentaron influir en los acontecimientos políticos, pero que nunca llegaron a estar en los primeros planos de la política y por tanto, su ideas se desconocen.

Para entender la propuesta del Americano Independiente, es necesario tener en cuenta, que en esta región, del noroeste novohispano, las élites se distinguieron por su participación a lado de los realistas, cooperaron con dinero y tropas en la lucha contra los insurgentes. Por lo que no debe de extrañarnos la enorme sorpresa que les causó la proclamación de la independencia y cuyos resultados, el autor del texto, no duda en calificar de "... este tamaño y monstruoso desorden", sorpresa y disgusto que se irá acrecentando con el curso de los acontecimientos posteriores.

Este regalo a Iturbide pretende ser una llamada de atención al Primer Emperador Mexicano para que gobierne de acuerdo a los preceptos marcados en la Biblia, son notables estas recomendaciones porque se alejan de la discusión entre monarquistas absolutos y constitucionales; es decir, del ámbito político y se ubica en el terreno de la moral. Propuesta que analizada con cuidado, nos muestra una idea arcaica de la política, lejana incluso de la política española que se había aplicado desde la llegada de los Borbones, puesto que propone una reconciliación con la iglesia y sus preceptos, tal vez un regreso al gran momento de unión que tuvieron con los Habsburgo.

Bajo esta concepción el Emperador debería ser sabio, desconfiado, ponderado, consciente de su papel como persona pública y sobre todas las cosas buen católico, instruido en la palabra de Dios, pues dice el autor: "¿Cuanto más los será en estas turbulentas y calamitosas [épocas], en que parece haberse dado rienda suelta a todas las legiones del infierno, para que mancomunadas con los hombres de su facción hagan sangrienta guerra a la religión y a las legítimas potestades, así Reales como Eclesiásticas con el orgulloso designio de aniquilarles?". En suma veía una iglesia acosada, que sólo podía ser salvada por un Emperador que reconciliara a la iglesia con el poder. Quizá

las propuestas de este documento se puedan calificar de desfasadas; pero nos muestra la gran cantidad de ideas, prejuicios y propuestas que hubo en este periodo para conformar las instituciones y el gobierno del naciente país. ■

## Documento

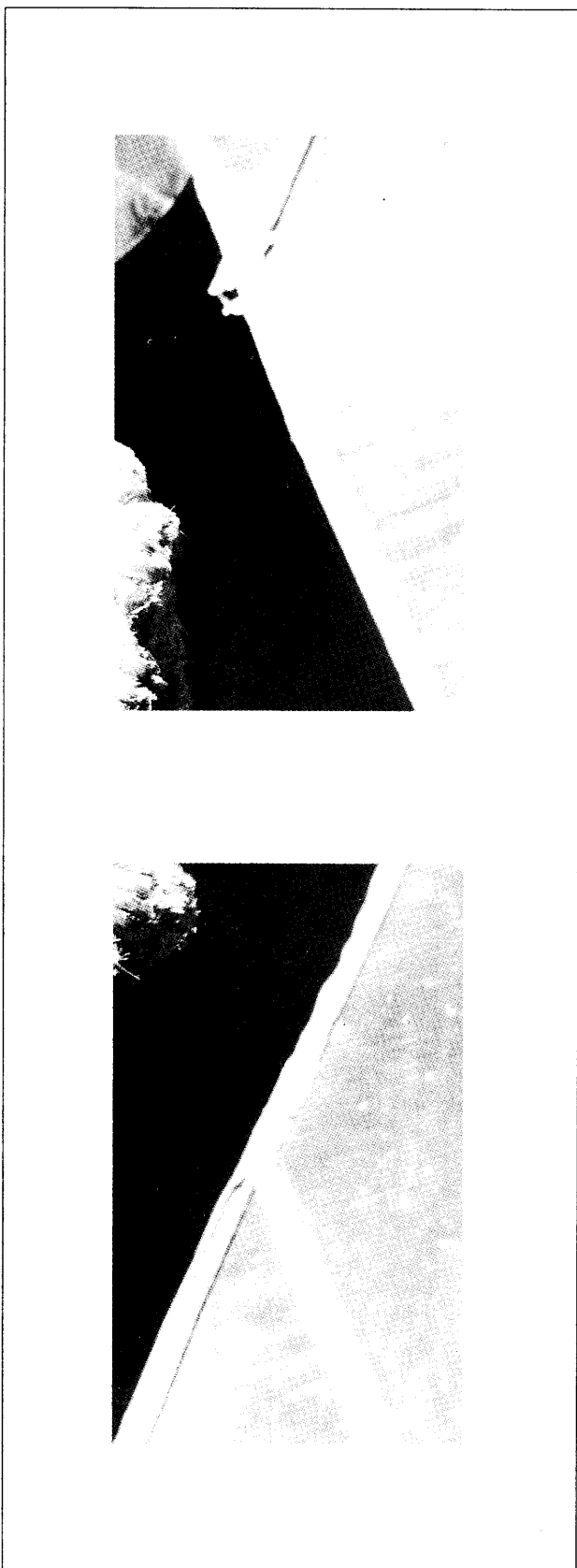
**Obsequio católico que presenta a su majestad imperial un americano independiente. En el presidio de Buenavista, provincia de Sonora. Día 8 de julio de 1822, seguido de nuestra Independencia.<sup>2</sup>**

Señor

La fuente de la sabiduría en la palabra de Dios, que tiene su trono en las alturas. La verdad eterna, que esta misma sabiduría, y palabra de Dios, por un efecto de su inmensa bondad descendió del cielo a la Tierra para conversar con los hombres, y comunicarse a ellos. Así que entre estos no puede haber, ni reconocerse otra sabiduría ni otra palabra de verdad, que la que trae su origen de los cielos, y a la que solamente se entra por la fiel observancia de los eternos mandamientos. Esta sabiduría, verdad y palabra es una sola; es increada e inmutable; es luz que disipa toda sombra: y por consiguiente la que registramos acá abajo, que no se parece aquella de arriba, traerá su origen de la Tierra, será prudencia humana, y no podrá servir de regla para nuestras acciones, si estas han de ser conformes a la voluntad del Ser Supremo; lo contrario es querer hermanar, y juntar en uno la Luz y las Tinieblas.

V.M.Y. en la elevación, a que la Divina Providencia le ha destinado, tiene que desempeñar fielmente dos encargos importantísimos: el primero mira en particular a su persona; el segundo, al gobierno de un grande imperio, que el Todo poderoso mostró querer

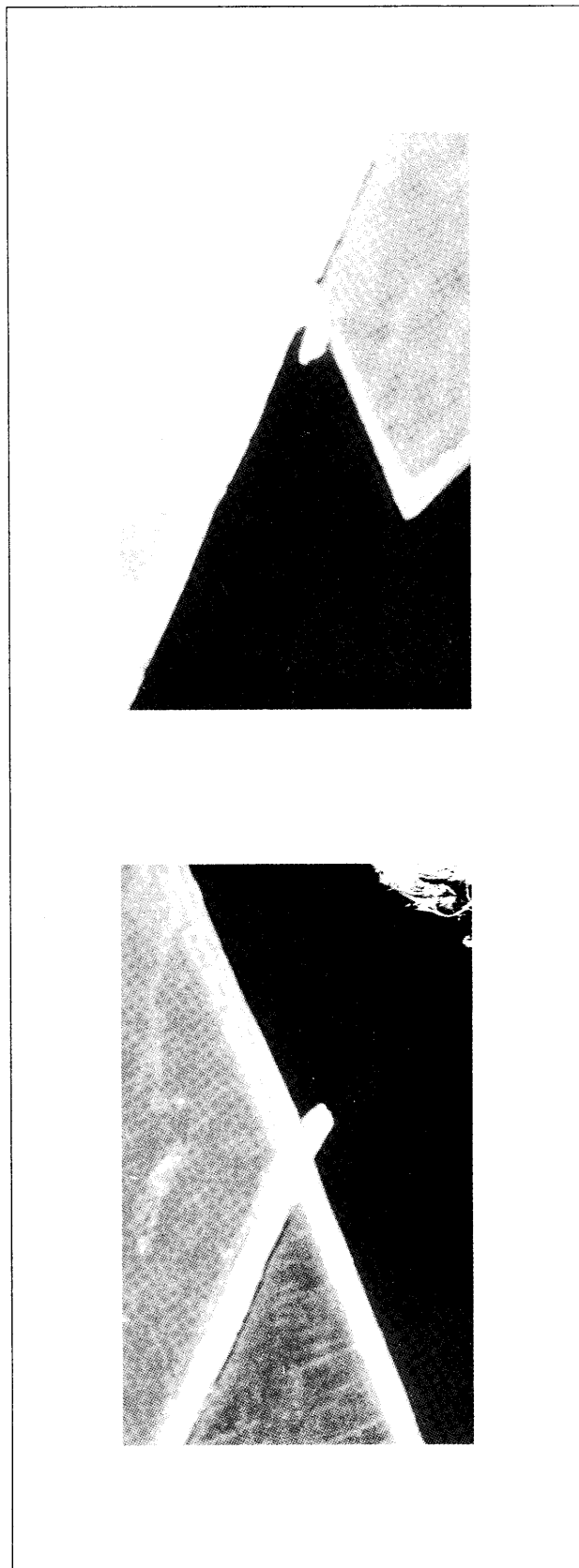
<sup>2</sup> Este documento forma parte de la colección Latin American Manuscripts de la Biblioteca Nettie Lee Benson of University of Texas, G 405, 6 fojas.



depositar en sus manos. Ni el uno ni el otro podrá cumplir, como debe, para salvarse, sino sigue constantemente las máximas y verdades de aquella sabiduría, que se deriva de la palabra de Dios, y cuya entrada es la guarda de los divinos mandamientos. No buscará que v.m.y. sea bueno para sí; deberá serlo también para su Imperio. Dios mira con piedad y perdona fácilmente las miserias y flaquezas de una persona particular; pero suele castigar con el mayor rigor las de las personas públicas, que pueden servir de tropiezo a los que deben dar ejemplo.

Al presente, Señor y mientras v.m.y. tenga a su cargo la potestad de reinar en esta América, no faltarán muchos, que le digan sinceramente la verdad, parecida en todo a la de la eterna palabra, que descendió de las alturas; pero si Dios como ha dispuesto ocupe el trono en esta América y que le tenía aparejado, hallará grandes impedimentos y dificultades para llegar a conocerla. ¡Triste suerte de los que respetamos elevados sobre la común condición de los otros hombres! Quanta mayor luz necesitan para entrar en el fondo de la verdad, tanto mas parece que se aleja de ellos su conocimiento y noticia. Se verá v.m.y. en muchos lances en que no sabrá a donde volverse, ni a quien creer; consultará a unos y a otros y a sus mismos dictámenes tal vez a mayores dudas, temiéndose de cualquier partido, que haya de tomar ¿Qué recurso pues para no tropezar en medio a tan grande obscuridad? Yo Señor, que tanto me intereso en la felicidad de v.m.y. me creo obligado a hacerle presente que Dios mandaba a los reyes de su pueblo: que el día que se sentas en sobre la silla de su Reyno, escribiesen para sí un Tratado de la Ley Divina en un libro, tomándolo del ejemplar que guardaban los sacerdotes, que le tuviesen consigo y leyesen en él todos los días de su vida para que aprendiesen a temer al Señor su Dios, y a guardar todas las palabras de aquella ley, y sus estatutos para cumplirlos; y para que su corazón no se elevase sobre sus hermanos, ni se apartase del mandamiento a la diestra, ni a la siniestra, y así prolongase días en su Reyno ellos y sus hijos en medio de Israel. Por esta razón juzgo que debe v.m.y. tener en sus manos este libro que fue dictado por la eterna sabiduría; la palabra de Dios comunicada a los mortales. Estoy cierto de que embebido v.m.y. y como empapado, en

esta altísima sabiduría, se gobernará por ella para llevar las graves obligaciones del cristiano, y los gravísimos del Emperador de esta América Septentrional, que desde que la abrasó, no ha conocido ni admitido otra. La lectura y meditación de este libro interpretado en el sentido legítimo de la iglesia, de sus padres y doctores, facilitará a v.m.y. segura resolución para cuantas dudas se le puedan ofrecer. Con ella adquirirá la ciencia tan necesaria a los príncipes de sondear el corazón de los que los rodean. Con esta usía dirigirá todas sus empresas a la mayor gloria de Dios, y a la felicidad de sus pueblos. Esta autoridad fue la que no perdieron de vista aquellos antiguos y piadosos Reyes, cortados a medida del corazón de Dios, David, Ezequías, Isaías, y otros. De esta se dejó guiar el ilustre príncipe y mártir San Hermenegildo, el cual renunciando al cetro y la vida ofreció al cuchillo su garganta por no abandonar la verdad de los Divinos Libros que le inspiró el esclarecido obispo, y doctor San Leandro. Esta misma (conducta) siguió también constantemente el glorioso Rey San Fernando, yendo como a competencia con el mismo Dios para consagrarle los despojos de sus enemigos. La escritura, Señor, enseña a v.m.y. que los príncipes, que cuentan primeramente con Dios en todas sus empresas, y no buscan en ella sino la gloria del que tiene en sus manos los ejércitos y los corazones de los Reyes y de los vasallos, le estrechan en cierto modo a que se declare siempre por ellos, y a que decida en su favor todas las victorias. Y si en todos tiempos ha sido muy necesaria y oportuna esta instrucción en los príncipes, y este esmero en buscar la gloria de Dios, como el fin principal de sus operaciones y providencias. ¿Cuanto más los será en estas turbulentas y calamitosas, en que parece haberse dado rienda suelta a todas las legiones del infierno, para que mancomunadas con los hombres de su facción hagan sangrienta guerra a la religión y a las legítimas potestades, así Reales como Eclesiásticas con el orgulloso designio de aniquilarles? Así que este tamaño y monstruoso desorden subsistiese, lo que Dios no permita; es muy creíble que hallándose bien apercebido v.m.y. con las máximos de la Sabiduría de que Dios le ha dotado desde su infancia, y que enseñan los divinos libros, y nivelando por ella los procedimientos de su reinado, abatirá el Dios de



los Ejércitos a los enemigos suyos y de Vuestra Majestad Imperial hasta formar de ellos un escabel vistoso y muy honorífico para el trono del Imperio Mexicano, que debe ocupar v.m.y. y toda su posteridad.

La escritura, Señor, vuelvo a repetir, es la base principal en la que debe apoyar v.m.y. la felicidad de su imperio; con la lectura de ella fijará eternamente la piedra angular de la América Septentrional, y no osará ninguna potencia a desquiciar aquella aunque sea mancomunada con el poder informal. Por esto debemos contemplarla no solamente como una representación de las cosas pasadas, sino también como las que se nos presentan en estos tiempos. Los personajes no son alabados por sus talentos naturales o por sus acciones políticas, sino por lo que fueron por respeto a Dios, a la piedad y a la virtud; y así se ve que la verdadera fortaleza, sabiduría, grandeza y felicidad del hombre ni tiene ni puede tener otro fundamento que el temor santo de Dios. Aquellos principios a quienes previno Dios con su misericordia y que hicieron buen uso de los dones y poder que habían recibido de lo alto, empleándolo todo en mantener la religión y la piedad, son alabados por sus acciones virtuosas, y su memoria se perpetuará siempre por todas las edades; para los que por el contrario abusando de estos mismos dones se sirvieron de ellos como de medios para dar fomento a su ambición y a su soberbia son, y serán eternamente detestados; y por haber amado la gloria de los hombres perdieron la verdadera, que es la que viene de Dios. Los Reyes todos han de tener presente estos Santos Libros como un espejo en que han de mirarse para dirigir todas sus acciones.

Una conciencia perversa y desarreglada olvida fácilmente las propias obligaciones, y es imposible que actúe con las máximas, que promuevan los verdaderos intereses del Estado. El que no sabe gobernarse ni moderarse de sí mismo, mal podrá acortar con los medios eficaces de gobernar, moderar y reformar a los otros. El abandono de la religión y culto, y de la verdadera caridad, lejos de ser disposición para lo grande, lo es, si bien se mira, para lo más vil e indigno de cuanto pueda pensarse, y aun el principio y, causa de todas las vilezas crueldades y tiranías, más valeroso se mostró David huyendo tantos años de ser traidor

de un Rey, que cuando derrotó ejércitos enteros de enemigos. Acosado, perseguido por las ciudades, por los montes por todas partes, aunque Dios le puso la venganza, pudiendo con ella abrirse fácilmente el camino a la Corona; no obstante, tuvo por horrible atentado intentar contra un injusto y cruel perseguidor, porque era su Rey, y él ungido del Señor. Supo David vencerse a sí mismo; y ganó con esto mayor Victoria, que cuando derrotó a Goliath, y triunfó de todos sus enemigos. Porque no es lo grande lo mejor, cuando se llega a ello por medios viles; en lo grande lo mejor, cuando por seguir lo justo, se despreja con generosidad de ánimo lo que sólo tiene apariencias de grande. Intimamente confiado yo en la bondad de Dios, y en la predilección, que mostró siempre por su madre Patria, de acuerdo con su Inmaculada Madre María Santísima de Guadalupe nuestra máxima Patrona espero que v.m.y. cogiendo a manos llenas los frutos de la santa lectura, será un Príncipe verdaderamente feliz y por su medio se verá florecer en nuestra América la paz, la alegría y la abundancia. Con esto dará por muy dichosa la tarea en que me [he] empleado para el logro de tanto bien que le desea este Americano que a las plantas de v.m.y. se prostra.

Señor

A. L. P. R. er V. M. Y.

El Americano Independiente

## Bibliografía

- Anna, Timothy E. *El Imperio de Iturbide*, México, CONACULTA-ALIANZA, 1991.
- Carmagnani, Marcello (coordinador). *Federalismos latinoamericanos: México, Brasil, Argentina*, México, FCE, 1993.
- Di Tella, Torcuato S. *Política nacional y popular en México, 1820-1847*, México, FCE., 1994.
- Guerra, François-Xavier. *Modernidad e independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*, México, FCE., 1993.
- Villoro, Luis. *El proceso ideológico de la revolución de independencia*, México, UNAM, 1977.

